



George
Bernard Shaw

Aventuras de
una negrita en
busca de Dios

Galaxia Gutenberg

Círculo de Lectores

GEORGE BERNARD SHAW

Aventuras
de una negrita
en busca de Dios

Traducción de
Benito Gómez Ibáñez

Xilografías de
John Farleigh

Galaxia Gutenberg
<i>Círculo de Lectores</i>

PREFACIO

La inspiración para este cuento me vino durante las cinco semanas que pasé en Knysna durante el verano africano y el invierno inglés de 1932. Mi intención era escribir una obra teatral, siguiendo el curso normal de mi carrera de dramaturgo; pero en cambio me encontré escribiendo el relato de la muchacha negra. Y ahora, una vez concluido, paso a hacer conjeturas sobre su significado, si bien nunca está de más repetir que estoy tan sujeto a error como cualquiera a la hora de dar mi interpretación, y que los precursores literarios, como todos los pioneros, suelen equivocarse sobre su destino, igual que le pasó a Colón. Y así es como a veces escapan con piadoso horror de las conclusiones a las que manifiestamente conducen sus revelaciones. Con la misma firmeza que santo Tomás de Aquino, sostengo que todas las verdades, antiguas o modernas, derivan de la inspiración divina; pero a través de la observación y la introspección, sé que el instrumento sobre el que actúa la fuerza inspiradora puede encontrarse en un estado bastante defectuoso, e incluso, como Bunyan en *La guerra santa*, acabar con-

virtiendo su mensaje en la más absurda estupidez.

Sea como sea, a continuación expongo mi versión personal de la cuestión, por si sirve de algo.

Algunos irresponsables insisten a veces en que somos una especie conservadora, incapaz de asimilar nuevas ideas. Yo no lo creo así. A menudo me horroriza la avidez y credulidad con que las nuevas ideas se acaparan y adoptan sin que exista una justificación mínimamente convincente. La gente cree en todo aquello que la entretiene, la satisface o le promete cualquier tipo de beneficio. Me consuelo, como hacía Stuart Mill, pensando que con el tiempo las ideas absurdas perderán su encanto, pasarán de moda y desaparecerán; que las falsas promesas, cuando queden incumplidas, serán objeto de cínicas burlas y después caerán en el olvido; y que tras ese proceso de criba las ideas sólidas, que son indestructibles (pues hasta suprimidas u olvidadas se las vuelve a descubrir una y otra vez), sobrevivirán y se incorporarán a ese conjunto de conocimientos establecidos que denominamos Ciencia. De esa manera adquirimos toda una variedad de concepciones bien comprobadas con que amueblar nuestro intelecto, y ese mobiliario, claramente distinto de la pseudoeducación de escuelas y universidades, es lo que conforma la educación propiamente dicha.

Lamentablemente, este sencillo esquema tiene una pega. Olvida un antiguo precepto de la pruden-

cia: «No tires el agua sucia antes de coger agua limpia». Lo que por otra parte resulta del todo diabólico a menos que se complete con: «Y también te digo que cuando cojas agua limpia has de tirar la sucia, poniendo mucho cuidado en no mezclarlas».

Ahora bien, eso es precisamente lo que nunca hacemos. Insistimos en echar el agua limpia encima de la sucia; y en consecuencia siempre tenemos el entendimiento algo turbio. El hombre instruido de hoy tiene una mente sólo comparable a una tienda donde las últimas y más preciosas adquisiciones se arrojaran a lo más alto de un infecto montón de desechos y antiguallas sin valor, sacadas del desván de un museo. Esa tienda siempre está en quiebra; y entre sus propietarios se encuentran Guillermo el Conquistador y Enrique VII, Moisés y Jesús, san Agustín y sir Isaac Newton, Calvino y Wesley, la reina Victoria y H. G. Wells; pero entre sus acreedores, los que reclaman el embargo, tenemos a Karl Marx, Einstein, y unas cuantas docenas de personajes más o menos parecidos a Stuart Mill y a mí mismo. Ningún intelecto puede funcionar razonablemente en ese desbarajuste. Y como el sistema imperante en nuestras escuelas, colegios y universidades consiste en reproducir ese desastre en la mente de cada nueva generación de niños, provocamos crisis revolucionarias donde las personas confusas por sus diplomas universitarios se verán descalificadas y privadas del derecho al voto por estar, en efec-

to, completamente chifladas, y la dirección de los asuntos públicos pasará a manos de autodidactas o ignorantes.

El ejemplo más notorio de esa práctica insensata de seguir aceptando nuevas ideas, sin deshacerse nunca de los conceptos a los cuales sustituyen, es el prestigio de la Biblia en los países donde el extraordinario valor artístico de la traducción inglesa le ha conferido un poder mágico sobre sus lectores. Esa influencia se está debilitando en nuestros días debido a que, como el inglés del siglo xvi es una lengua que agoniza, nos imponen nuevas traducciones por la sencilla razón de que la antigua ya no es comprensible para las masas. Las nuevas versiones –las buenas gracias a su admirable simplicidad y las mediocres por su trivialidad periodística– han situado de pronto los relatos bíblicos bajo una luz de realismo familiar que obliga a los lectores a someterlos a la prueba del sentido común.

Pero la influencia de esas versiones modernas aún no está muy extendida. Me parece que quienes encuentran incomprensible y aburrida la antigua traducción tampoco recurren a las modernas: simplemente renuncian a leer la Biblia. Los pocos a quienes interesan y atraen las nuevas versiones reparan en ellas por pura casualidad que, al ser tal, no se repite con frecuencia. Sin embargo, siguen oyendo en la iglesia la antigua versión, leída en un tono especialmente respetuoso; en la catequesis, los

niños se aprenden los versículos de memoria, actividad premiada con tarjetitas que reproducen esos mismos textos; y los jardines de infancia y habitaciones infantiles aún se decoran con sus preceptos, advertencias y consuelos. La Sociedad Bíblica británica y extranjera viene distribuyendo anualmente más de tres millones de ejemplares desde hace un siglo; y aunque muchos de esos ejemplares no sean sino simple equipaje para ir a la iglesia, nunca abierto entre semana, o el regalo hecho en cumplimiento de las obligaciones de padrino, aun así cuentan. En el derecho escrito sigue existiendo una ley que ningún gobernante se atreve a revocar, y según la cual es delito que un cristiano profeso dude de la verdad científica y la autoridad sobrenatural de cualquier palabra de las Sagradas Escrituras, y puede castigarse con penas que llegan incluso a declarar fuera de la ley al infractor; y el mismo reconocimiento de la Biblia como enciclopedia infalible se recoge en uno de los artículos de la Iglesia anglicana, aunque en otro apartado, el más importante de todos, se niega de plano la naturaleza corpórea y voraz de Dios que el Pentateuco afirma con insistencia.

En todos estos casos, por Biblia entendemos la traducción autorizada por el rey Jacobo I de los mejores ejemplos de la literatura judía antigua en materia de historia natural y política, poesía, ética, teología y rapsodia. La traducción era extraordina-

riamente buena porque para los traductores no se trataba simplemente de una curiosa colección de libros antiguos escritos por diversos autores en diferentes estadios de la cultura, sino la Palabra de Dios misma, revelada a través de escribas expresamente elegidos e inspirados por Él. Movidos por esa convicción llevaron a cabo su trabajo con reverencia y cuidado infinitos, logrando un resultado de gran belleza artística. No les parecía posible mejorar los textos originales; porque ¿quién podría perfeccionar el estilo de Dios? Y como era inconcebible que la revelación divina entrara en conflicto con lo que ellos consideraban verdades de su religión, no vacilaron en traducir una negación por una afirmación allí donde parecía surgir un desacuerdo de ese tipo, dado que difícilmente podían confiar en su falible conocimiento del hebreo antiguo cuando el texto contradecía los fundamentos mismos de su fe; así como tampoco dudaban de que Dios, según le pedían en sus oraciones, velaba por que su mensaje no sufriera deformación alguna en sus manos. En ese estado de exaltación realizaron una traducción tan espléndida que hasta el día de hoy el británico corriente y moliente o el ciudadano de los Estados Unidos de América del Norte la acepta y venera como si fuera un libro único escrito por un solo autor, y ese libro es el Libro de los Libros y su autor es Dios. Su encanto, su promesa de salvación, su patetismo y esplendor han alcanza-

do la trascendencia gracias a Händel, que con su *Mesías* sigue haciendo llorar a los ateos y dando a los materialistas el escalofrío de lo sublime. Hasta el ignorante, para quien la religión no es más que magia y burdo fetichismo, considera la Biblia como un talismán de papel capaz de exorcizar espectros, impedir que mientan los testigos, y, si un soldado la lleva devotamente en el bolsillo, detener la trayectoria de las balas.

Pero es evidente que ese culto a la Biblia, aunque a veces llegue a alcanzar lo sublime a fuerza de mantener la cabeza en el cielo, también puede resultar ridículo y peligroso si se empeña en no poner los pies en el suelo. La experiencia cotidiana nos demuestra que un libro considerado como una revelación infalible, ya sea su autor Moisés, Ezequiel, Pablo, Swedenborg, Joseph Smith, Mary Baker Eddy o Karl Marx, aporta tanta esperanza, consuelo, interés y felicidad a nuestra vida personal que hasta podemos tomarlo por la llave del Paraíso. Pero si se trata de un paraíso para los ilusos –y no puede dejar de serlo cuando sus elementos son imaginarios–, no debe servir de fundamento a un Estado, y hay que clasificarlo entre los calmantes, opiáceos y anestésicos. No por nada los dirigentes fanáticamente religiosos de la nueva Rusia han proscrito la religión de la Iglesia ortodoxa griega calificándola de «droga». En eso es precisamente en lo que se convierte la religión cuando está divor-

ciada de la realidad. Resulta útil a los gobernantes ambiciosos de regímenes políticos corruptos como sedante contra la turbulencia popular (por eso el tirano siempre concede mucha importancia al sacerdote); pero a la larga, la civilización debe volver a la simple realidad, o perecer.

En la actualidad hay un bando que mantiene en las nubes a la Biblia en nombre de la religión, y otro que intenta librarse completamente de ella en nombre de la Ciencia. Ambos nombres se toman en vano de forma tan imprudente que cierto obispo de Birmingham advirtió una vez a su grey de que el bando científico estaba más cerca de Cristo que las congregaciones de la Iglesia. Yo, que soy una especie de obispo extraoficial de todas partes, he advertido repetidas veces a los científicos que los cuáqueros son en esencia mucho más sabios que los biólogos oficiales. En esta confusión me permito sugerir que no dejemos a la Biblia en las alturas ni tampoco intentemos la imposible tarea de suprimirla. ¿Por qué no bajarla a ras del suelo, tomarla simplemente tal como es en realidad?

Con objeto de mantener el buen humor, estoy enteramente dispuesto a conceder a mis amigos protestantes que la Biblia, allá en las nubes, ha prestado a veces buen servicio en las luchas por defender la libertad de pensamiento protestante (tal cual era) contra las iglesias y los imperios. Empuñando la Biblia en una mano y el arma en la otra, el solda-

do bajo el mando de Cromwell, Guillermo de Orange y Gustavo Adolfo peleaba con la energía de diez hombres. Los más tradicionalistas aún podrán permitirse cierta nostalgia recordando a los hugonotes en La Rochelle, el salmo de los «Hombres de Hierro» en la batalla de Dunbar, los buques que rompieron el dique flotante y levantaron el sitio de Londonderry, e incluso a Dugald Dalgetty. Pero la lucha entre güelfos y gibelinos pertenece tan absolutamente al pasado que en la guerra de 1914 a 1918 los ministros del rey güelfo ni siquiera conocían el significado de su nombre, y obligaron a su monarca a que se deshiciera de él ante el káiser gibelino y el Sacro Imperio Romano. En la repetición de esa guerra, el soldado, armado con unas cuantas bombas atómicas, combatió con la fuerza de un millón; pero la idolatrada Biblia seguía detrás del periódico popular, llena del espíritu de las campañas de Josué, esgrimiendo nuestra espada como el sable del Señor y de Gedeón, y nos incitaba a la matanza de esos amalequitas y cananeos modernos, los alemanes, idólatras y engendros del demonio. Aunque la consigna (Patria y Rey) fuese diferente, el espíritu era el mismo: el antiguo conflicto imaginario de Jehová contra Baal; sólo que, como los alemanes también luchaban por la patria y el rey, estaban tan convencidos como nosotros de que Jehová, el Señor fuerte y poderoso, el Señor invencible en la batalla, el Señor de los Ejércitos (que hoy son enormes batallo-

nes), era su Dios y que el nuestro era su enemigo, combatían con el mismo encarnizamiento y se consideraban tan virtuosos como nosotros. Pero las heridas infligidas a la civilización fueron tan graves que ni siquiera hoy sabemos si serán mortales, porque las mantienen abiertas el espíritu, los métodos y las supersticiones del Antiguo Testamento.

No es momento para bromas. Los antiguos adoradores de Jehová, armados con espadas y lanzas, y desmoralizados por un inteligente muchacho con una honda, no podían asesinar ni destruir a gran escala. Pero con ametralladoras y carros de combate anfibios, aeroplanos y bombas de gas, utilizados contra ciudades en las que para obtener luz, calor, agua y comida millones de habitantes dependen de órganos mecánicos centralizados semejantes a grandes corazones y arterias de acero, que pueden quedar reducidos a cenizas en media hora por un muchacho en un bombardero, verdaderamente hay que ocuparse de que ese muchacho esté mejor educado que Noé y Josué. Para hablar con claridad, como no podemos librarnos de la Biblia, será ella quien se libere de nosotros si no aprendemos a leerla «con el espíritu apropiado», y en mi opinión ese espíritu es el de la integridad intelectual, que obliga a todo pensador honrado a leer cada versículo de presunta autoridad divina con la mayor atención, y a juzgarlo exactamente como juzga el Corán, los Upanishad, las *Mil y una noches*, el editorial del

Times de esta mañana, o las tiras cómicas del *Punch* de la semana pasada, consciente de que toda palabra escrita está igualmente abierta a la inspiración de la fuente eterna y al error que resulta de la imperfección mortal de sus autores.

Entonces, díganme de qué sirve la Biblia a nadie en nuestros días más que al anticuario y al aficionado a la literatura. ¿Por qué no tirarla al cubo de la basura? Bueno, eso parece razonable a primera vista. Pero primero sopesémoslo bien.

¿Qué hay de las tablas de la ley? ¿De los diez mandamientos? No fueron suficientes ni siquiera para la tribu errante en el desierto a la que se los había impuesto Moisés, quien, al igual que Mahoma más adelante, sólo logró que los respetaran pretendiendo que se los habían revelado por vía sobrenatural. Hubieron de reforzarse con los elaborados códigos del Levítico y el Deuteronomio, cuyos principios ni el judío observante más fanático podría obedecer hoy sin ultrajar nuestra moral moderna ni infringir nuestro derecho penal. En nuestros días han quedado reducidos a trastos viejos; los mandamientos más simples, con su elemental legitimidad, constituyen los lugares comunes indispensables de la sociedad humana y no hace falta la Biblia para revelarlos ni conferirles autoridad. El segundo mandamiento, que tan a pecho tomó el islam, se infringe y se ignora en toda la cristiandad, aun cuando su advertencia contra los encantamientos de las bellas

artes es digno de la mayor consideración y, si su autor hubiera conocido la magia de la palabra musical igual que conocía el poder de la imagen esculpida, podría servir como advertencia contra nuestra idolatría de la Biblia. En conjunto, el decálogo ni conviene ni se ajusta a las necesidades modernas, pues no dice una palabra contra esas formas de robo, legalizadas por los ladrones, que han minado los fundamentos morales de nuestra sociedad y nos condenarán a una lenta decadencia social si es que no nos despertamos, como le ocurrió a Rusia, en medio de un estrepitoso derrumbamiento.

Además de esos inconvenientes negativos, está el defecto positivo de que la religión inculcada en los primeros libros es un cruel y atroz ritual de sacrificios humanos encaminados a aplacar la ira de una deidad tribal asesina que, por ejemplo, fue inducida a salvar de la destrucción a la raza humana mediante un segundo diluvio gracias al placer que le procuraba el olor de la carne asada, cuando Noé «tomó de todo animal limpio y de toda ave limpia, y ofreció holocausto en el altar». Y si bien se repudia duramente ese ritual en libros posteriores, y se reniega de ese dios por boca del profeta Miqueas en términos que no dejan lugar a dudas, mostrando cómo dicha práctica va siendo superada a medida que progresa la cultura judía, la tradición de una inmolación sangrienta mediante la cual la venganza de un dios terriblemente encolerizado puede eludirse

con un sacrificio sustitutivo de abominable crueldad persiste incluso a través de todo el Nuevo Testamento, donde se plasma en la tortura y ejecución idolatrando ese horror al estilo de Noé como recurso para engañar nuestra conciencia, sustraernos a nuestras responsabilidades morales, y convertir nuestra vergüenza en satisfacción personal, cargando todas nuestras infamias sobre la flagelada espalda de Cristo. Cuesta imaginar una doctrina más desmoralizadora y anticristiana: en efecto, no resultaría tan descabellado que el Comité de Cooperación Intelectual de la Sociedad de Naciones siguiera el ejemplo de la Iglesia Católica Romana oponiéndose a la indiscriminada circulación de la Biblia (salvo en condiciones equivalentes a una atenta dirección espiritual) hasta que las pretensiones sobre su autoridad sobrenatural sean definitiva e inequívocamente suprimidas.

En cuanto a la ciencia bíblica, ésta tiene sobre la moda materialista del siglo xix en materia de biología la ventaja de ser una ciencia de la vida, y no un intento de sustituir la vida por la física y la química; pero es desesperadamente preevolucionista; sus descripciones del origen de la vida y la moral son verdaderos cuentos de hadas; su astronomía es geocéntrica; sus nociones del universo estrellado resultan infantiles; su historia es épica y legendaria: en resumen, las personas cuya educación en esas materias provenga de la Biblia están tan absurdamente

desinformadas que no están capacitadas para ejercer la función pública, las responsabilidades paternas ni los derechos ciudadanos. Como enciclopedia, por tanto, la Biblia debe colocarse junto a la primera edición de la Enciclopedia Británica, como testimonio de lo que el hombre creía antiguamente, y como medida de la distancia recorrida desde sus primeras y obsoletas creencias.

Una vez reconocido todo esto, sigue siendo cierto que una gran parte de la Biblia está mucho más viva que el periódico de esta mañana y que el debate parlamentario de anoche. Sus crónicas ofrecen una lectura más interesante que la mayoría de nuestras historias de moda, y son menos intencionadamente engañosas. En lo que se refiere a invectivas revolucionarias y aspiraciones utópicas, gana por la mano a Ruskin, Carlyle y Karl Marx; y en los poemas épicos de grandes caudillos y bribones hace que Homero resulte superficial y Shakespeare desequilibrado. Y su gran poema de amor es el único que puede dar satisfacción a un hombre realmente enamorado. El *Epipsychidion* de Shelley, en comparación, resulta pura cháchara literaria.

En suma, la Biblia es un epítome, ilustrado con los ejemplos más conmovedores, de la historia de una tribu de seres humanos de mentalidad vigorosa, imaginativa y ávida de posesiones materiales que, convertida en nación mediante agresivas conquistas, se vio animada por el delirio de ser «el pue-

blo elegido de Dios» y, en cuanto tal, heredero natural de toda la tierra y con derecho a una gozosa eternidad en el reino de los cielos. Y el epítome no suprime en absoluto el hecho de que ese delirio condujo finalmente a su dispersión, desnacionalización e intolerante persecución por parte de Estados más disciplinados que, aunque igualmente convencidos de su monopolio del favor divino, ganado por méritos propios, hicieron a los judíos el cumplimiento de adoptar los dioses y profetas hebreos, porque, en conjunto, resultaban más útiles que los que sus dirigentes tenían a mano.

Ahora bien, la diferencia entre un salvaje analfabeto y una persona que haya leído un epítome de ese tipo (saltándose debidamente las simplezas genealógicas y las ocasionales estupideces derivadas de la traducción de lenguas imperfectamente comprendidas) es enorme. Una comunidad a la que se impone un currículum histórico de esas características, tanto en el seno de la familia como en el colegio, puede ser más peligrosa para sus vecinos, y correr mayor peligro de desintegrarse a causa de la intolerancia y la megalomanía, que otra donde no se lee o sólo se leen novelas tontas, resultados de partidos de fútbol o artículos financieros; pero será, sin el menor asomo de duda, una comunidad mejor educada. No resulta, pues, en absoluto sorprendente ni poco razonable que, cuando la única alternativa posible en general a la educación bíblica sea la

completa ausencia de educación liberal, muchos de los que no se hacen ilusiones con la Biblia y comprenden perfectamente todos sus inconvenientes voten a favor de una formación bíblica *faute de mieux*. Eso explica por qué sirve de tan poco la simple crítica de la educación bíblica. La historia y la literatura hebraica de la antigüedad, aunque a medias fabulosa, es mejor que no tener historia ni literatura; por mi parte nunca lamentaré ni repudiaré mi propia educación bíblica, teniendo sobre todo en cuenta que mi intelecto pronto se robusteció lo suficiente como para asumirla en su justo valor. En el peor de los casos la Biblia es mejor comienzo que el arroyo en la vida de un niño.

Ese testimonio complacerá a nuestros idólatras de la Biblia; pero que no se sientan halagados hasta el punto de creer que su fetichismo puede ahora defenderse con la excusa de que era preferible ser Noé, Abraham o sir Isaac Newton que un golfillo londinense. Los chicos de la calle no son muy comunes en esta época de asistencia obligatoria a la escuela primaria. En la actualidad, la alternativa al libro del Génesis no es la simple falta de conocimientos del ignorante, sino la *Breve historia del mundo* de H. G. Wells y el sinnúmero de imitaciones y suplementos nacidos a raíz de su enorme éxito. A lo largo de los últimos doscientos años, el mismo impulso misterioso que inspiró y creó la Biblia ha inspirado y creado un cuerpo de historia,

literatura, poesía, ciencia y arte. En ninguno de esos ámbitos tiene cabida la Biblia. El hombre que ha recibido una educación bíblica es ahora el ignorante. Y quien lo dude, que trate de aprobar un examen para la obtención de un buen empleo contestando con citas bíblicas a las preguntas de los examinadores. Tendrá suerte si sólo recibe un suspenso y no lo consideran un perturbado. En todo el ámbito científico que en principio cubrían las Escrituras con autoridad infalible, la Biblia resulta ya obsoleta, salvo por una excepción. Tal excepción es la ciencia de la teología, que sigue tan absolutamente falta de fundamento, tan metafísica, como dicen los eruditos, que nuestros científicos materialistas le niegan desdeñosamente el derecho a llamarse ciencia.

Pero no hay síntoma más seguro de una mente sórdida y fundamentalmente estúpida, por eficaz que pueda ser en muchas actividades prácticas, que el desprecio hacia la metafísica. Una persona puede estar sumamente capacitada para las matemáticas, la ingeniería, la táctica parlamentaria o la correduría de apuestas hípicas; pero si ese individuo ha contemplado el universo durante toda su vida sin preguntarse nunca: «¿Qué demonios significa todo esto?», será uno de aquellos a quienes Calvino incluía en su categoría de predestinados a la condenación.

Así pues, la Biblia, obsoleta en todos los demás aspectos, sigue siendo interesante como testimonio

del modo en que se ha desarrollado la idea de Dios –primer esfuerzo de la humanidad civilizada para explicar la existencia, el origen y el propósito de la porción de universo de la que somos conscientes–, partiendo de una idolatría infantil, de un coco destructivo y omnipotente, señor del trueno, del terremoto, de la hambruna, propagador de la peste, capaz de cegar, ensordecir y matar, hacedor de la noche y el día, del sol y la luna, de las cuatro estaciones y autor de milagros de siembra y recolección, pasando por la idealización más noble del sabio benévolo, juez justo y padre afectuoso, hasta llegar finalmente al verbo incorpóreo que nunca se hace carne, momento en el cual la ciencia y la filosofía modernas asumen el problema con su *Vis Naturae*, su *Élan*, su Fuerza Vital, su Apetito Evolucionista, su aún más abstracto Imperativo Categórico, y no sé cuántas cosas más.

Premio Nacional a la Mejor Labor Editorial Cultural 2006
concedido a Galaxia Gutenberg por el Ministerio de Cultura

Título de la edición original: *The Black Girl in Search of God*
Traducción del inglés: Benito Gómez Ibáñez

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 1.º 1.ª A
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Edición en formato digital: septiembre 2014

© George Bernard Shaw, 1932
© The Public Trustee as execute of George Bernard Shaw, 1959, 1961
© de la traducción: Benito Gómez Ibáñez, 2007
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2014
Imagen de portada: © John Farleigh

Conversión a formato digital: Maria Garcia
Depósito legal: B. 16387-2014
ISBN: 978-84-15863-92-2

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los
apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta
obra por cualquier medio o procedimiento, así como el alquiler o cualquier otra
forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares
del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos,
<http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.